

desfile por la ciudad, bajo las aclamaciones de la población y, luego, unas horas de libertad.

Al día siguiente, antes del alba, volvemos a coger el tren, español esta vez, para hacer un alto y un desfile en Barcelona, por las Ramblas, que nos lleva hasta la Plaza de Cataluña donde las autoridades y la población nos acogen muy calurosamente. Seguidamente vamos al “Cuartel Carlos Marx” para comer algo y descansar un poco. Por la tarde, vuelta a la Estación de Francia” para coger el tren que va a conducirnos a Valencia. En cada parada del convoy campesinos llenos de entusiasmo nos esperan con cestas repletas de fruta, de vituallas y ... de botellas de vino ... cuyo consumo controlamos rigurosamente.

¡Valencia! Otro desfile por la ciudad. Volveremos a coger el tren la misma tarde hacia una dirección desconocida. ¡Será Albacete!

Al mismo bajar del tren nos reunirán en la plaza de toros. Comemos y en las horas que siguen se procede a una primera organización provisional: nuestra columna se convierte en un batallón, fraccionado en compañías, secciones y grupos de combate. André Marty nos saluda y nos presenta a nuestro jefe de batallón el coronel Putz, antiguo combatiente de la guerra del 14. Mi compañía también estará bajo las órdenes de un veterano de la Guerra Mundial, el capitán Grillet.

Vamos seguidamente a los alojamientos que nos han correspondido. En mi caso compartiré una habitación del Gran Hotel, plaza del Altozano, con tres otros compañeros.

Los días siguientes estarán marcados por el perfeccionamiento de nuestra organización. ¡Un momento de gran emoción!, nuestro joven batallón, que ha tomado el nombre de Batallón Henri Barbusse, rendirá un solemne homenaje, también en la Plaza de Toros, a los restos del camarada alemán Hans Beimler, caído en el frente de Madrid los días anteriores.

El tercero o cuarto día, orden de partida. Dejamos Albacete para ir a pie y en formación al lugar fijado para la puesta a punto de nuestra unidad y, sobre todo, de su entrenamiento. Se trata de la localidad de Mahora, a unos treinta kilómetros. Aún no tenemos uniforme, pero cada uno de nosotros ha recibido una manta, que al llevarla cruzada en bandolera militariza nuestro aspecto. El camino es largo, los zapatos de ciudad que llevamos no son los más apropiados para tal ejercicio. En el trayecto vamos a saludar al jefe de nuestra Brigada, la XIVª Brigada Internacional en este caso, el general Walter (polaco) y a nuestro comisario Heussler, francés.

Mahora. Las acuartelamientos nos esperan. Generalmente se trata de granjas, mínimamente equipadas con jergones. Pasarán tres semanas con ejercicios de entrenamiento intensivo, instrucción militar, interrumpidos por reuniones con la finalidad de completar el conocimiento y las relaciones entre las diferentes unidades, de verificar y rectificar, si fuera necesario, los mandos, poner a punto todos los detalles.

Nuestros contactos con la población son extremadamente cordiales, pero siguen siendo -a falta de actividades de ocio- superficiales. Aprendemos nuestras primeras palabras de convivencia: Salud compañero, buenos días, ¿Qué tal?, etc.